

**CUADERNO CURIOSO
QUE TRATA DE QUIÉNES
FUERON Y QUÉ ESCRIBIERON
LOS HERMANOS LEONARDO DE
ARGENSOLA, BARBASTRENSES**

ESTELA PUYUELO ORTIZ

Selección de poemas
JOSÉ ENRIQUE LAPLANA GIL

Tu verde y rico margen, no de enebro,
ni de ciprés funesto enriquecido,
claro, abundoso y conocido Ebro,
sino de lauro y mirto florecido,
ahora como puedo le celebro,
celebrando aquel bien que ha concedido
el cielo a tus riberas, pues en ellas
moran ingenios claros más que estrellas.
Serán testigo desto dos hermanos,
dos luceros, dos soles de poesía,
a quien el cielo con abiertas manos
dio cuanto ingenio arte dar podía.
Edad temprana, pensamientos canos,
maduro trato, humilde fantasía,
labran eterna y digna laureola
a Lupercio Leonardo de Argensola.
En santa envidia y competencia santa
parece que el menor hermano aspira
a igualar al mayor, pues se adelanta
y sube do no llega humana mira.
Por esto escribe y mil sucesos canta
con tan suave y acordada lira
que este Bartolomé menor merece
lo que al mayor, Lupercio, se le ofrece.

MIGUEL DE CERVANTES, *La Galatea*

ÍNDICE

LA ALTA Y MODERNA CUNA DE LOS LEONARDO DE ARGENSOLA ·	6
LA FORMACIÓN DE LOS ÚLTIMOS HUMANISTAS Y LAS <i>TRAGEDIAS</i> DE LUPERCIO ·	8
UN SECRETARIO Y UN RECTOR PARA VILLAHERMOSA ·	10
CUANDO EL AMOR ES BÁRBARO Y LA CORTE TE ESPERA ·	11
LA MÁS PURA TRADICIÓN CLÁSICA ·	12
LA HISTORIA DE ARAGÓN Y SU CORONA ESCRITA POR LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA ·	13
LAS ISLAS MOLUCAS O LA PASIÓN POR LAS ESPECIAS ·	14
RUMBO A NÁPOLES SIN CERVANTES ·	16
NÁPOLES, ESCENARIO PERFECTO PARA EL TRABAJO Y EL OCIO ·	17
RESURGIR DE LAS CENIZAS COMO EL AVE FÉNIX ·	18
BARTOLOMÉ ENCUENTRA DEFINITIVAMENTE LA TRANQUILIDAD ·	20
UNA INJUSTA MARGINALIDAD ·	20
SELECCIÓN DE POEMAS, por José Enrique Laplana Gil ·	23
BIBLIOGRAFÍA ·	30

¿Quiénes fueron los hermanos Argensola? ¿Por qué la ciudad de Barbastro ha dado su nombre a la calle Mayor, a la Casa de la Cultura, que alberga en sus dependencias la Biblioteca Municipal, con muchas de sus obras, a un instituto público de educación secundaria o a un premio internacional de poesía, el certamen literario más antiguo de Aragón, con sus ya cuarenta y una ediciones? Sin olvidar algunos establecimientos emblemáticos de la localidad, como el desaparecido teatro y también cine y punto de encuentro.

Es indiscutible. Los hermanos barbastrenses Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, nacidos en 1559 y 1562 respectivamente, fueron muy importantes en su época. Su privilegiada posición social les permitió codearse con los gobernantes de las más altas esferas de poder en un tiempo en el que la monarquía española dominaba el mundo moderno. Sus afamados poemas y sus escritos históricos les valieron el apoyo de los más solicitados mecenas, como los duques de Villahermosa, que les confiaron relevantes cargos en Aragón y Valencia.



Casa de los Argensola hacia 1920.
Foto: Gallifa. Archivo: Foto Nosotros.

O la mismísima emperatriz María de Austria, que les abrió las puertas de la corte madrileña, donde conocieron a los personajes más influyentes del panorama de entonces. O el grande entre los grandes conde de Lemos, quien siendo virrey de Nápoles los incluyó entre los miembros más distinguidos de su corte. Por no hablar de las relaciones que los Argensola establecieron o, en algunos casos, pudieron establecer con los mayores eruditos del momento, como Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Galileo Galilei o Vincencio Juan de Lastanosa.

No obstante, llegado el 450.º aniversario del nacimiento de Lupercio, el mayor de los Argensola, es un hecho que los entonces afamados escritores apenas son conocidos hoy entre la gran mayoría de la población aragonesa y española más allá de su apellido, con el que se ha nombrado buena parte del paisaje urbano de Barbastro, su ciudad natal. Es como si toda su fama, que hasta el siglo XX fue extraordinaria e incluso superior a la del mismísimo Góngora, se hubiese disipado en los últimos tiempos, como



Escaleras y patio de la casa de los Argensola en Barbastro hacia 1920. Foto: Gallifa. Archivo: Foto Nosotros.



Fachada de la casa de los Argensola, actual Casa de la Cultura de Barbastro. El edificio fue rehabilitado para adaptarlo a esta nueva función en 1962, con motivo del 400.º aniversario del nacimiento de Bartolomé Leonardo, como recuerda una inscripción junto a su puerta, y declarado bien de interés cultural en el año 2003. Foto: Fernando Alvira Lizano.

si su recuerdo se hubiese adormecido en la memoria colectiva al compás del progresivo desprecio que sufren las humanidades y perviviera fosilizado en esos topónimos, en esas placas dispersas que los recuerdan, además, en algunas otras calles y edificios aragoneses, y también madrileños, valencianos, napolitanos..., lugares donde residieron dejando como huella, al menos, su imborrable apellido.

Pero, aunque todos estos homenajes urbanos nos hablan de la importancia de los hermanos Argensola, el cotidiano empleo de su apellido no garantiza que el ciudadano tenga información más allá de esa palabra, *Argensola*, a la que es necesario dotar de significado para poder comprenderla y valorarla.

La magnífica casa de papel entintado donde habitan los escritores inmortales se construye palabra a palabra y folio a folio, casi sin descanso, pues es necesario ampliarla constantemente para dar cobijo a nuevos conocimientos y protegerla de irreparables goteras que puedan emborronar su preciosa caligrafía y, también, de caprichosos vientos que dañen su estructura, tan delicada y moldeable como afilada e indestructible, depende de cómo se trate. El poético y patrimonial edificio de los Argensola necesitaba de grandes reformas, pero los arquitectos de la construcción literaria han retomado los trabajos de acondicionamiento con materiales de última generación que puedan afrontar los tiempos actuales.

El presente escrito está basado en la serie de artículos «Cuéntame quiénes fueron los Argensola», publicados mensualmente en el veterano periódico barbastrense *El Cruzado Aragonés* desde enero de 2006 hasta abril de 2007. Su intención era repasar la vida de los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola para reavivar y reivindicar su importancia como historiadores y poetas.

La documentación necesaria para elaborar los textos publicados en el semanario de Barbastro

partió del proyecto, becado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses (Diputación de Huesca), *El horacianismo en Bartolomé Leonardo de Argensola*, realizado por Rosa María Marina, Juan Carlos Pueo, Pedro Peiré, José Enrique Laplana y Estela Puyuelo, que fue publicado con el mismo título en el año 2002. El trabajo investigaba la pervivencia clásica en *los Horacios españoles*, como eran conocidos en su época los Argensola, dada la gran influencia del autor latino que recibieron sus poemas.

Partiendo de este trabajo, el presente documento adapta su enfoque y sus contenidos a un público más amplio, ajeno a la especialización e intereses universitarios, presentando a los Argensola en el contexto de su época y, por supuesto, con todo el rigor y la fidelidad a las fuentes consultadas.

Acompaña a esta biografía una selección de poemas realizada y comentada por José Enrique Laplana, profesor titular de la Universidad de Zaragoza y especialista en la literatura del Siglo de Oro, a quien agradecemos su preciosísima colaboración.



Retrato de Lupercio Leonardo de Argensola. Autor desconocido. Casa de la Cultura de Barbastro. Foto: Fernando Alvira Lizano.

LA ALTA Y MODERNA CUNA DE LOS LEONARDO DE ARGENSOLA

Nos hallamos hacia la mitad del siglo XVI. España, poderosa, domina el mundo moderno, engrandecido de repente, tan solo unas décadas atrás, al ser descubierto por casualidad todo un continente: América (1492). La ambición de Cristóbal Colón y las arcas de los Reyes Católicos acabaron para siempre con la Edad Media. A la cabeza del Imperio se estrenaba Felipe II el Prudente, quien gobernaría de 1556 a 1598 el vastísimo territorio integrado por Castilla, Aragón, Cataluña, Navarra, Valencia, el Rosellón,

el Franco Condado, los Países Bajos, Sicilia, Cerdeña, Milán, Nápoles, Orán, Túnez, Portugal, toda la América descubierta y Filipinas.

En aquellos territorios, «donde nunca se ponía el sol», el rey absolutista, a cuyo poder supuestamente divino debían someterse todos sus súbditos, aseguraba su dominio mediante la guerra. En estos años tuvieron lugar algunas batallas tan famosas como la de San Quintín contra Francia (1557), tras la cual el monarca mandó erigir el monasterio de El Escorial, dedicado a san Lorenzo, cuya festividad se celebra el día en que se ganó la batalla; la de Lepanto contra los turcos (1571), de la que Cervantes, *el manco de Lepanto*, se sentía orgulloso combatiente, aunque allí perdió la movilidad de su mano izquierda; o la intervención de la Armada Invencible —que resultó no serlo tanto— contra Inglaterra (1588).

Pero la política expansionista ocasionaba enormes gastos que solo se podían costear gracias al apoyo económico de la nobleza y del clero. Con este motivo, Pedro Leonardo, noble y acaudalado



Retrato de Bartolomé Leonardo de Argensola. Luis Muñoz Lafuente. 1788. Museo de Huesca. Foto: Fernando Alvira Lizano.

bisabuelo italiano de los hermanos Argensola, vino a residir a Barbastro y ayudó a Fernando el Católico en la conquista de Granada con tropas sufragadas por él mismo. También el abuelo y el padre de los poetas barbastrenses (ambos llamados Juan Leonardo) estuvieron muy cerca del poder. El segundo fue secretario de Maximiliano II, futuro emperador de Alemania.

El joven Juan Leonardo contrajo matrimonio con la dama Aldonza Tudela de Argensola, de la alta nobleza catalana, y tuvieron cuatro hijos: Lupercio, Bartolomé, Pedro y Ana María. Pedro fue fraile agustino y escribió poemas que incluyó en obras teológicas. Ana María casó con Jusepe Trillo, nacido en Barbastro en 1564, compañero de estudios de sus cuñados e importantísimo jurista. Y los dos primeros hijos del matrimonio son los que hoy conocemos como *hermanos Argensola*. Lupercio fue bautizado el 14 de diciembre de 1559 en la iglesia que se convertiría en la actual catedral de Barbastro, y Bartolomé, el 26 de agosto de 1562 en el mismo lugar.

Por aquellos años nacieron también algunos de los literatos españoles más afamados de todos los tiempos: Góngora (1561) y Lope de Vega (1562), con los que luego coincidieron, aunque no necesariamente en su forma de entender la poesía. Cervantes (1547) ya estaba en el mundo, pues les aventajaba en doce y catorce años respectivamente, y Quevedo (1580) era veinte años más joven que los Argensola. No obstante, pese al gran esplendor que vivieron las letras en el llamado *Siglo de Oro* de la literatura castellana, las tres cuartas partes de la población peninsular no sabían leer.

Carecemos, hasta el momento, de datos sobre la infancia y adolescencia de los escritores barbastrenses. Se cree que permanecieron en la ciudad del Vero hasta que se trasladaron a otros lugares para realizar estudios universitarios. Pero es recurrente en la obra poética de ambos hermanos el tema del amor a los orígenes, como demuestra el siguiente soneto escrito por Lupercio, que da una clave para lograr la felicidad: conformarse con la suerte de cada uno.

A LA MEDIANÍA

Quien voluntariamente se destierra
y deja por el oro el patrio techo,
y aquel que apenas queda satisfecho
con cuanto trigo en África se encierra;
el que para ocupar la mar y tierra
le parece que tiene capaz pecho
y enmudece las leyes y el derecho
con el estruendo y máquinas de guerra;
no tiene cierto fin el voto vano,
que como en ambición su gusto funda
siempre está cosas nuevas deseando.
Dichoso quien camina por lo llano,
sin pedir a la suerte otra segunda
ni bien mayor que obedecer amando.

LA FORMACIÓN DE LOS ÚLTIMOS HUMANISTAS Y LAS TRAGEDIAS DE LUPERCIO

Hay que advertir que el contenido del presente capítulo se asienta en el terreno de la hipótesis. En ninguna de las obras de Lupercio o Bartolomé Leonardo existen referencias a su infancia o adolescencia, y además carecemos de documentos que demuestren los datos que aportamos sobre los hermanos desde su nacimiento en la ciudad de Barbastro hasta el año 1579. Son veinte años de absoluto vacío.

No obstante, podemos deducir que los estudios de los hermanos Argensola fueron amplios y vastos, de acuerdo con el humanismo imperante en la época, basados en un estudio profundo de los autores clásicos griegos y romanos, inspiradores de su posterior obra literaria, y de las leyes, cuyo conocimiento les permitió ejercer importantes cargos en la Administración.

El investigador Otis H. Green, cuya tesis doctoral (1945) versó sobre la figura y obra de Lupercio, cree que, después de aprender en Barbastro las primeras letras, los Argensola debieron de recibir enseñanzas en la Universidad de Huesca, pues su padre fue consiliario de la misma en 1574, y sabemos que Lupercio dedicó el siguiente soneto lau-

datorio con estrambote (o versos añadidos en una estrofa convencional) a uno de los profesores, fray Jaime de Torres, en 1579:

DE LUPERCIO LEONARDO Y ARGENSOLA AL PADRE FRAY JAYME TORRES

Si aquellos que escribiendo alguna historia
y bárbaras empresas de tiranos,
o concetos de amor y amores vanos,
el mundo les conserva la memoria;
quien deja esta materia transitoria
por cantar los misterios soberanos
gozará de alabanza en los humanos,
y en el cielo después la eterna gloria.
Dichoso Torres, pues habéis tenido
asiento entre famosos escritores,
cubriendo el ciego Amor de triste luto,
ya la digna corona os han tejido,
porque bien la merece de mil flores
aquel que con las suyas da tal fruto.
También yo mi tributo
os doy de voluntad, y más os diera
si el cielo más que dar me concediera.

La Universidad de Huesca, fundada por Pedro IV en el año 1354, había pasado épocas de gran penuria a consecuencia de las contiendas bélicas y el azote de las epidemias, pero en el siglo XVI se hallaba en su esplendor. Entre los alumnos distinguidos se encontraban Miguel de Zurita, posteriormente médico de Fernando el Católico y de Carlos I, Pedro Cerbuna, fundador de la Universidad de Zaragoza, o Bartolomé Llorente, que fue canónigo y prior del Pilar de Zaragoza, amigo y corresponsal de los hermanos Argensola y continuador de Lupercio en el cargo de cronista del Reino de Aragón. Hacia 1460 se habían establecido tres cátedras de Cánones, tres de Leyes, dos de Medicina, Teología y Filosofía, aparte del Estudio de Arte, y entre 1509-1512 se reconstruyó el Estudio de Gramática, ya que esta se consideraba una de las enseñanzas primordiales en los estudios generales.

Del soneto de Lupercio citado anteriormente se deducen los grandes conocimientos de humanidades que los Argensola pudieron aprender en la

Universidad de Huesca, pero se cree que ninguno de los hermanos se graduó aquí. El padre de los Argensola trasladó hacia 1580 su residencia de Barbastro a Zaragoza, y llevó consigo a sus hijos para cursar el Estudio General, que en 1583 se convertiría, gracias a la intervención del foncense Pedro Cerbuna —y a pesar de la oposición de la competencia oscense—, en Universidad de Zaragoza.

Allí permaneció Lupercio, que estudió Griego, Retórica e Historia de Roma con el gran profesor Andrés Schoto y debió de conocer al célebre traductor y maestro de humanidades Pedro Simón Abril. Además, durante sus días de estudiante en Zaragoza compuso sus tres tragedias *Isabela*, *Filis* y *Alejandra*, que fueron representadas con grandísimo éxito, tal como se afirma en el capítulo 48 de la primera parte del *Quijote*: «dieron más dineros a los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho».

Esta es la primera mención a las *Tragedias*, perdidas y posteriormente halladas —salvo la segunda— a finales del siglo XVIII. Las que conocemos narran el comportamiento tiránico de antiguos reyes e incluyen escenas sangrientas representadas con toda su crudeza, de acuerdo con el género. Parece ser que las tres tragedias de Lupercio, como las de Juan de la Cueva y Miguel de Cervantes, pertenecen a un periodo de transición entre la imitación del drama clásico y moralista de Séneca y el teatro nacional de Lope de Vega. Este modo de componer obras teatrales pronto fue esquinado por los gustos del público, pero los escritores ilustrados del XVIII lo estudiaron y valoraron.

Bartolomé, después de graduarse bachiller en Zaragoza, estuvo matriculado en la Universidad de Salamanca entre 1582 y 1584 para cursar Derecho Canónico y otras disciplinas. Rival de la Universidad de Alcalá, a la que superaba en número de estudiantes, en la de Salamanca se formaron los personajes más influyentes del momento, como el gran mecenas y amigo de los Argensola don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos, quien posiblemente coincidió dos o tres años con Bartolomé. Esta universidad

tenía aproximadamente sesenta cátedras y en ella se enseñaba Filosofía, Teología, Derecho, Ciencias Naturales, Matemáticas, Medicina, Gramática, Lenguas *Sabias* y Música. Entre los profesores más importantes que impartieron clases en ella durante el siglo XVI se encontraba fray Luis de León, uno de los poetas que en mayor medida contribuyeron a propagar el horacianismo en España. El elogio a la vida retirada, o *beatus ille*, y la invitación a gozar de la juventud, o *carpe diem*, son dos de los tópicos más famosos cultivados por el autor latino Horacio, que tanto influyó en la poesía de los hermanos Argensola e incluso en su manera de concebir el mundo.

Se sabe por algunas de sus poesías que a Bartolomé no le gustó demasiado el ambiente bullicioso de esta ciudad, por lo que volvió a Zaragoza una vez creada la universidad para conseguir la licenciatura. La *Sátira del incógnito*, compuesta por 901 versos agrupados en tercetos escritos entre 1600 y 1606, nos puede dar una idea de su amor a la tranquilidad, acrecentado en sus años cortesanos, de sus vastos conocimientos y de la pasión por la lectura de los clásicos que mantendría, como su hermano Lupercio, toda la vida.

SÁTIRA DEL INCÓGNITO [FRAGMENTO]

¡Déjame en paz, oh bella Citera!,
así de Adonis venturosa goces,
y él en tus brazos inmortal se vea.
Ignoras tú mi humor y que las voces
y bullicio de la corte han de acabarme,
por más que el apetito me retoces.

[...]

Todo mi gusto esirme paso a paso
a la antigua academia del Liceo,
y disputar algún difícil caso.

Tal vez sentado y grave a Platón veo,
que con divina suavidad explica
los puntos de su *Fedro* y su *Timeo*;
[...]

Y cuando siento fatigado el genio
de estudios serios, a esparcirme salgo
por los jardines de Virgilio y Enio;

y veces hay que con ingenio hidalgo,
por divertirme más y entretenerme,
de Ovidio, Horacio y de Marcial me valgo.

[...]

Los sentidos así se vivifican,
y a servir con aliento y gozo nuevo
al discurso, proprísimos, se aplican.

UN SECRETARIO Y UN RECTOR PARA VILLAHERMOSA

Quien piense que los hermanos Argensola fueron meramente poetas se engañará. En esta época, a caballo entre los siglos XVI y XVII, el arte de la poesía era considerado más una afición que un oficio. Otis H. Green, el biógrafo del mayor de los Argensola, deja esto muy claro, y sus comentarios se pueden aplicar también al menor, Bartolomé: «Lupercio Leonardo jamás consideró la poesía como una ocupación seria. Era antes que nada un secretario, un historiador. Compuso sus poemas para complacer a sus amigos, para conmemorar el nacimiento, el casamiento o la muerte de alguna persona ilustre, y para ocupar agradablemente los pocos ratos en que sus agobiadoras obligaciones no le apremiaban demasiado».

Y así lo debía de sentir, puesto que en Nápoles, al final de su vida, quemó Lupercio parte de su producción poética porque no le parecía realmente digna de perpetuación. Entonces, ¿cuáles eran esas obligaciones y ocupaciones serias?

Al terminar sus estudios, Lupercio y Bartolomé iniciaron su carrera profesional al servicio de don Fernando de Aragón, duque de Villahermosa, conde de Ribagorza y buen amigo del padre de los Argensola. Cada uno recibió un exquisito puesto, lo cual les obligó a separarse por un tiempo y, a pesar de su joven edad, les convirtió en la mano derecha del duque. Lupercio fue su secretario desde 1586 —según consta en un documento fechado el 14 de junio de ese año, por el que recibe del duque 300 sueldos jaqueses— hasta noviembre de 1592, año en el que murió Villahermosa durante las alteraciones que conmocionaban Aragón.

Fue esta una época de enorme crispación entre la monarquía y la nobleza local que mantuvo a Lupercio totalmente volcado en su trabajo. En 1585 el mayor de los Argensola acudió a las Cortes de Monzón en unión del duque para reclamar la propiedad del condado de Ribagorza, entonces en situación de rebeldía. Más tarde, con motivo de las alteraciones de 1591 y ayudado de Bartolomé, redactó los informes que los diputados aragoneses mandaron al rey e intercedió ante Felipe II asesorando al de Villahermosa en defensa de los fueros aragoneses.

Mientras, Bartolomé fue destinado a Villahermosa del Río (Valencia), entonces cabeza del ducado, como rector de su parroquia. Hubo de mediar dispensa para ordenarle sacerdote a los veintidós años y que pudiera desempeñar esta regencia. Aprendió entre las agrestes montañas a amar la naturaleza y la vida apacible del campo, hasta que en 1601, transcurridos unos doce años, cambió su destino por el más bullicioso de la corte, donde Lupercio ya le esperaba.

Para comprender el ansia de reencuentro que albergaban los hermanos, incluido Pedro, no hay nada como leer algunos sentidos versos de Lupercio que revelan el corazón del cultísimo y conmovedor poeta que habitaba en el pecho del político y jurista. La referencia final al desastre de la Armada Invencible contra Inglaterra permite fechar el poema entre finales de 1588 y principios de 1589.

A SU HERMANO BARTOLOMÉ LEONARDO [FRAGMENTO]

Entre esas peñas ásperas y yertas
con las nieves continuas, cuyas cumbres
de oscuras nubes siempre están cubiertas,
ya reprehendiendo al pueblo sus costumbres,
ya por él ofreciendo sacrificios,
tocas las aras entre sacras cumbres;

[...]

¡Quién viera vuestros pechos derretirse
en amor, cuando os viésteis en Valencia,
y fue forzoso a cada qual partirse!

¡Qué gozo me quitašte, dura ausencia,
de dos prendas del alma, dos hermanos,
a cuya edad desmiente la prudencia!

[...]

Pues ha seis años que un momento de ocio
no gozo, ni he gozado, como digo,
de verte ejercitar el sacerdocio;
y ya se cumplen dos que me fatigo
en este laberinto, en esta corte,
de vanas esperanzas cruel castigo;
sin poder acabar cosa que importe,
más que la flota que el pasado agosto
hizo experiencia del rigor del norte.

CUANDO EL AMOR ES BÁRBARO Y LA CORTE TE ESPERA

Algunos años antes de que muriera el duque de Villahermosa, el amor llegó a la vida de Lupercio Leonardo y no más tarde de 1587 se casó en Madrid con Mariana Bárbara de Albión, dama viuda y con una hija, cuya familia era no menos distinguida que la suya propia. Su abuelo, Juan de Albión, contribuyó a que Fernando el Católico recuperara en 1493 los condados de Rosellón y Cerdeña, y su padre, Jerónimo de Albión, sirvió a Felipe II en negocios de mucha confianza. En 1588 nació su hijo Gabriel, que sería el principal heredero de los dos Argensolas.

En aquellos años estaban de moda las academias literarias o lugares donde se daban cita los literatos más destacados del momento para poner en común sus composiciones. La prestigiosa investigadora Aurora Egido las define como «asociaciones periódicas, organizadas según unos estatutos creados por sus propios componentes, dejando de lado las tertulias o reuniones en torno a un mecenas, pero carentes de un ritual prefijado [...], que provenían, como casi todo, de la vecina Italia». En sus idas y venidas a Madrid como secretario del duque, Lupercio debió de pertenecer a la Academia de los Humildes, al igual que Juan Rufo. Era común entre los escritores usar un pseudónimo, como *el Estéril*, *el Apasionado*, *el Tímido* o *el Solitario*, con los que se apodaron algunos de los miembros de la Academia de los Anhelantes de Zaragoza, la cual frecuentaba Lupercio hacia 1608. El aragonés, adoptando el nombre de su amada, se dio a conocer como *el Bárbaro*. La curiosidad que despertó su apodo en el círculo literario dio pie al siguiente poema, escrito en tercetos.

SIENDO MUY MOZO EL AUTOR FUE ADMITIDO A UNA ACADEMIA DE PERSONAS GRAVES, QUE HABÍA ENTONCES EN MADRID, EN LA CUAL TOMÓ POR NOMBRE *EL BÁRBARO*, Y SE LE PREGUNTÓ LA CAUSA DE LLAMARSE ASÍ, A QUE RESPONDIÓ CON ESTOS TERCETOS [FRAGMENTO]

Obediente respondo a la pregunta
que ya dos veces de mi nombre ha hecho,
para saber su origen, esta junta.

Podré solo decir lo que sospecho;
que la verdad quien fue su autor la tiene
sellada en lo profundo de su pecho.

[...]

Así quien siempre ocupa mis potencias,
y sabe de mí ser más que yo mismo,
juzgando no por solas apariencias,
me cargó sobre el nombre del bautismo
el Bárbaro, y así de allí adelante
en Bárbara formé mi silogismo.

Afirmativo soy, y tan constante,
que antes que en mí se imprima forma nueva
se imprimirá la cera en el diamante.

El mayor de los Argensola participó en varios certámenes literarios y escribía versos para conmemoraciones y homenajes, pero su producción literaria fue insignificante hasta el fallecimiento en 1592 del duque de Villahermosa, cuando quedó más ocioso. Fue la misma duquesa, viuda de Fernando de Aragón, quien se encargó de buscarle trabajo como secretario de la emperatriz María, hermana de Felipe II, en plena corte madrileña, en el meollo donde se desenvolvían los personajes más influyentes del momento.

En Madrid su carrera profesional no hizo sino crecer. Al poco de llegar fue nombrado gentil-hombre de cámara del archiduque Alberto, hijo de la emperatriz, trabajo que combinó con el cultivo de las letras. En 1594 terminó una traducción de los *Annales* de Tácito hoy desaparecida, aunque luego descubrió la existencia de otra. En 1597 comenzó su *Historia general de la España Tarraconense*, una narración política y eclesiástica de Aragón que le ocupó toda su vida y que no se ha conservado. En este

mismo año Lupercio puso a prueba su recto sentido de la moralidad, presente en la obra de ambos hermanos, al escribir un memorial de apoyo al rey donde razonaba la orden de cierre de los teatros —inmorales y anticlericales— con motivo de la muerte de la infanta doña Catalina, hija de Felipe II. Los últimos años de estancia en Madrid, hasta 1602, los podemos seguir, principalmente, gracias a la correspondencia que Lupercio intercambió con Justo Lipsio, gran erudito del momento.

También Bartolomé, que había permanecido tantos años en la tranquila aldea valenciana, se encontró rodeado de la más alta alcurnia cortesana cuando, alrededor del año 1601, fue nombrado capellán de la emperatriz María.

A principios del siglo XVII los hermanos barbastrenses se hallaban entre los miembros más selectos de la corte madrileña.

LA MÁS PURA TRADICIÓN CLÁSICA

A finales del siglo XVI y principios del XVII estaba en pleno desarrollo el periodo que posteriormente se conocería como el *Siglo de Oro* de nuestra literatura. Todos los géneros fructificaron en esta época: el teatro, la historia, la novela, el relato corto, la literatura de carácter didáctico con pretensiones moralizantes, la literatura ascética y mística, la sátira... En este momento vivieron y escribieron los autores españoles que más se han celebrado en todos los tiempos: Miguel de Cervantes, Luis de Góngora, Lope de Vega y Francisco de Quevedo, nombres a los que habría que unir forzosamente los de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, tan alabados y admirados como los anteriores en la época que les tocó vivir, aunque hoy ocupen un lugar marginal en la historia de la literatura española.

El Renacimiento (que buscaba claridad, sencillez, equilibrio, musicalidad, suavidad... teniendo como referente la naturaleza, al igual que los escritores de la Antigüedad clásica, tan traducidos como imitados) dejaba entonces paso a un nuevo movimiento, el Barroco, que, caracterizado por el desengaño vital y el pesimismo, utilizaba un esti-

lo suntuoso y recargado, abundante en alusiones mitológicas y caracterizado por un uso desmedido de la adjetivación y de los recursos retóricos, como las metáforas, que complicaban tremendamente la comprensión de las creaciones literarias.

Esta nueva forma de entender la literatura dio lugar a largos y enfrentados debates entre los escritores que la crítica posterior, simplificando erróneamente la cuestión, caracterizó como culteranos y conceptistas. El máximo representante del culteranismo fue Góngora, quien defendía la legitimidad de oscurecer cultamente el lenguaje dándole una forma casi laberíntica y marcadamente latinizante en favor de la belleza lingüística. Y así comienza, por ejemplo, su *Polifemo*: «Estas que me dictó rimas sonoras, / culta sí, aunque bucólica, Talía», en lugar de: «Estas rimas sonoras que me dictó / Talía, culta sí, aunque bucólica». Quevedo fue considerado por la crítica como el escritor conceptista por antonomasia, aunque Baltasar Gracián, al escribir teóricamente sobre el concepto, otorgó la preeminencia a Góngora. Quevedo fue enemigo visceral de Góngora, a quien también se opuso con acritud Lope de Vega. El conceptismo se basaba en la asociación ingeniosa entre dos elementos aparentemente inconexos entre sí, y entre los conceptos no faltan los juegos de palabras y las antítesis con el fin de impresionar y admirar al lector, como, por ejemplo, en este chistoso fragmento de *El Buscón*: «Salió de la cárcel con tanta honra que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban eminencia».

Pero no todos los escritores del momento participaron en la guerra desatada por la revolución poética gongorina. El gongorismo, que tuvo en esta época multitud de seguidores en Aragón, apenas influyó en los Argensola y, aunque no se opusieron totalmente a él, tampoco se adhirieron, sino que, según afirma José Manuel Blecua, el principal estudioso de su obra poética, «Lupercio y Bartolomé recogen la más pura tradición clásica, renacentista y no petrarquizante, y continuarán fieles a ella durante toda su vida». El erudito investigador aragonés aclara que «fueron miembros de una generación que no quiso incorporarse a las nuevas posibilidades que abrían

los otros compañeros de carrera, optando por unas líneas poéticas que vienen caracterizadas por el apego a la realidad, contenido ético y amor al canon y a la norma». Pero los primeros en destacar el clasicismo de los hermanos Argensola fueron los poetas contemporáneos a ellos. Sirva como ejemplo el siguiente soneto de Lope de Vega, autor que llegó a decir de ellos, admirado por su perfección lingüística: «parece que vinieron de Aragón a reformar en nuestros poemas la lengua castellana».

A BARTOLOMÉ LEONARDO

La nueva juventud gramaticanda
(llena de solecismos y quillotro[s],
que del Parnaso mal impuestos potros
dice que Apolo en sus borrones anda),
por escribir como la patria manda
(elementos los unos de los otros),
de la suerte se burlan de nosotros
que suelen de un católico en Holanda.
Vos, que los escribís limpios y tersos
en vuestra docta y cándida poesía,
de toda peregrina voz diversos
decid (si lo sabéis): ¿qué valentía
puede tener, leyendo ajenos versos,
copiar de noche y murmurar de día?

En cuanto a la influencia de Lupercio y Bartolomé en la literatura posterior, se puede decir que no fue decisiva, exceptuando el caso de Martín Miguel Navarro y algún aspecto de la obra de fray Jerónimo de San José, por lo que no resulta conveniente hablar de una escuela aragonesa en torno a los Argensola. Pero gracias a ellos Aragón mantiene unos hilos de continuidad clasicista en el Barroco.

LA HISTORIA DE ARAGÓN Y SU CORONA ESCRITA POR LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

El investigador Otis H. Green se lamentaba de que si Lupercio Leonardo hubiera acabado su *Historia general de la España Tarraconense*, que comenzó en 1597 a sus 38 años, y si esta se hubiera conservado,

quizás su fama de historiador superaría a la de poeta. Para la confección de esta historia antigua y medieval de Aragón (desde la fundación de Zaragoza por el emperador Augusto hasta la reconquista del territorio a los musulmanes, donde Zurita había arrancado sus *Anales*) buscó la ayuda de los más eruditos clérigos y arqueólogos de Aragón e Italia y se dedicó al estudio del árabe y la numismática.

Este gusto por la historia antigua ya lo había demostrado con la traducción, que terminó en 1594, de los *Annales* de Tácito, seducido por la historia de los primeros años del Imperio romano. La obra abarca la dinastía Julio-Claudia, desde la muerte de Augusto (14 d. C.) hasta la de Nerón (68 d. C.), y constituye un documento fundamental para el estudio de este periodo de la Historia Antigua.

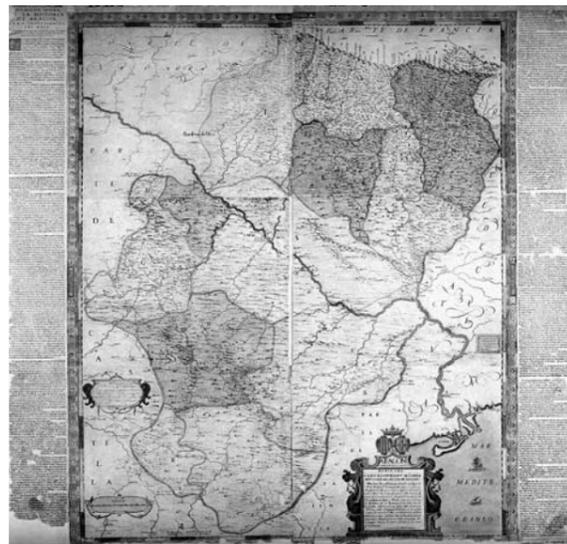
En 1598 murió Felipe II y el mayor de los Argensola aprovechó el cambio de gobernante para pedir al Consejo de Aragón que se creara el cargo de cronista de los reinos de la Corona de Aragón, pues solo existía el de cronista del Reino, y solicitó ser nombrado para este desempeño. Felipe III dio su consentimiento y Lupercio se convirtió en cronista real, en periodo de prueba, al año siguiente. Esto supone que, como historiador mayor, podía censurar a los otros historiadores del Reino y, además, formar parte del Consejo Supremo de Aragón como consejero del rey. La labor de un cronista es dar cuenta de los hechos históricos más destacables del territorio que le es encomendado. Lupercio Leonardo escribió su crónica en el libro titulado *Preeminencias reales*, que está perdido. Fue muy enriquecedora para él, en este sentido, la correspondencia que intercambió los dos últimos años de estancia en la corte con dos grandes eruditos: Juan de Mariana, con el que intentó desentrañar algunas controversias históricas, y el humanista Justo Lipsio, uno de los hombres más sabios de su generación, por quien sentía gran admiración debido a sus conocimientos sobre Tácito y con quien se consolaba ante la dificultad de ser cronista real y tener que escribir de sucesos contemporáneos en tan revueltos tiempos, lamentándose de los estragos causados por las luchas de Flandes.

La relación oficial de Lupercio con la corte terminó en el año 1603, cuando murió la emperatriz María, protectora de los dos hermanos. Decidió entonces ir a vivir con su mujer a la casa de campo que los Argensola tenían en Monzalbarba, en la ribera del Ebro, a 11 kilómetros de Zaragoza. Por un tiempo se dedicó intensamente al estudio, pero, al poco, enfermó hasta encontrarse al borde de la muerte. De este momento se conservan varias cartas que escribió a su amigo y maestro Bartolomé Llorente, prior de Nuestra Señora del Pilar y antiguo diputado, en las que expresaba su sufrimiento y falta de movilidad. Pero pronto se recuperó y tuvo la oportunidad de llevar una vida más activa y de acercarse a Zaragoza para frecuentar las numerosas academias literarias que allí existían.

Estando convaleciente, los diputados de Zaragoza le encargaron que redactara un informe sobre las alteraciones que conmocionaron Aragón en el año 1591, con el fin de restablecer el honor del Reino, pues todavía quedaban rencillas entre ellos por las diversas interpretaciones que se daban a los hechos. El resultado fue, en palabras de Green, «una de las mejores relaciones de sucesos particulares de que puede ufanarse la literatura española», pues consiguió mantenerse cerca de los fueros aragoneses y también del rey.

Otra de las ilusiones de Lupercio fue la confección de un mapa de Aragón que en los márgenes llevara la historia del Reino escrita por él mismo, proyecto que promovió y solicitó a los diputados de Aragón en 1607. Este escrito lo tituló *Declaración sumaria de la historia de Aragón*, y encargó la realización del mapa a Juan Bautista Labaña, cronista regio de Portugal y primer cosmógrafo del rey. El trabajo, que por diversas dificultades no se publicó hasta 1619, tuvo once ediciones antes de 1778, y hasta 1761 no se volvió a elaborar otro mapa de Aragón.

Un inquietante acontecimiento tuvo lugar en 1608, cuando los escritos de Jerónimo Martel, cronista del Reino de Aragón, disgustaron a algunas personas de la corte y Lupercio Leonardo fue propuesto por los diputados para ocupar ese cargo, que desempeñaría en el nuevo y estimulante escenario que le aguardaba, al igual que a su hermano.



Mapa de Juan Bautista Labaña. Biblioteca Nacional de España. En los márgenes se encuentra la *Declaración sumaria de la historia de Aragón*, compuesta por Lupercio.

Pero antes de emprender este viaje retomamos, en el apartado siguiente, las andanzas del pequeño de los Argensola.

LAS ISLAS MOLUCAS O LA PASIÓN POR LAS ESPECIAS

La corte no iba a ser nunca el lugar predilecto de Bartolomé Leonardo de Argensola. Llegó a Madrid alrededor del año 1601 tras dejar la aldea valenciana de Villahermosa del Río, donde ejercía como sacerdote, para convertirse en capellán de la emperatriz María, viuda de Maximiliano II y hermana de Felipe II, que tenía a Lupercio por secretario. Bartolomé acompañó los últimos días de vida de esta dama en el convento de las Descalzas Reales, al que acudían los familiares de la casa real y los grandes cargos de la corte, con quienes trataba.

A la vez el pequeño de los Argensola comenzó a frecuentar las academias literarias de Madrid y pronto se convirtió en un afamado poeta. Destaca su participación en la Academia Imitatoria, de la que fue fiscal y a cuya tertulia acudían los grandes poetas de aquel tiempo: Lope de Vega, Luis de Góngora, Cervantes o el dramaturgo Tirso de Molina.

Pero Bartolomé no terminaba de acomodarse a la vida cortesana, de la que criticaba sus

vicios y bullicio, por lo que, cuando murió la emperatriz, su mayor deseo fue seguir a Lupercio hasta Aragón y disfrutar con su familia de la vida retirada, la paz y el sosiego que había aprendido a amar en el pueblecito valenciano de su juventud. En *Zaragoza el rector de Villahermosa*, como era conocido entre sus amigos, pudo dedicarse a sus escritos, pues la ciudad gozaba de una gran actividad cultural y literaria. Pero su influyente amigo el conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias, consiguió que en 1604 se quedara en Madrid y que después le siguiera a Valladolid, lugar al que se trasladó la corte, para escribir *Conquista de las islas Malucas*, que describía el acontecimiento más importante de su administración. En aquella época escribió el siguiente soneto satírico, que refleja a la perfección el ambiente cortesano de refinada lujuria y banalidad que dejó Madrid limpia y sucia al mismo tiempo:

SONETO A MADRID, CUANDO SE TRATABA MUDAR LA CORTE A VALLADOLID

Volverse han muchos a labranzas toscas,
que fueron sus primeros ejercicios;
tratarán los magnates y patricios
en rubias mieses y vacadas hoscas.
Dejarán las culebras ya sus roscas
en que enlazaban huéspedes novicios;
andarán los casados en sus quicios,
pues le dejan en paz su miel las moscas.
Vivirase con gusto y más sin arte,
y cesará el hablar por cartapacio,
engomar el copete y frente lucía,
y las mohatras en igual descarte.
En faltando la corte, rey, palacio,
aunque limpia, Madrid será muy sucia.

Bañado por el inmenso Pacífico, en el Extremo Oriente, el archipiélago de las Molucas, antes Malucas, está compuesto por 999 islas de diferentes tamaños. Cuenta con una destacada riqueza faunística, con 265 especies de aves, de las cuales 195 no se encuentran más que en las Molucas. Pero su mayor tesoro, que enloqueció a reyes y a súbditos y que motivó el descubrimiento de un

Nuevo Mundo, eran el clavo y la nuez moscada, especias muy codiciadas que solo se producían en estas islas. Según María Belén Bañas, «por ellas Oriente y Occidente se encontraron y escribieron —con aroma— una de las historias más apasionantes del hombre».

La fuente más completa para el estudio de su historia es la que aporta el italiano Antonio Pigafetta, cronista de la más grande expedición de Magallanes, que tituló *Relación del primer viaje alrededor del mundo*. Hubo más noticias de este y de otros viajes a las islas Molucas. Más tarde volverían a escribir sobre las islas los primeros historiadores generales de las Indias. Y también los cronistas. Bartolomé Leonardo de Argensola fue uno de los pocos que se dedicaron a su estudio y, aunque no conoció la fuente de Pigafetta, María Belén Bañas afirma que *Conquista de las islas Malucas* «es una fuente rica en contenido, fiabilidad y muy completa; se documenta ampliamente y con rigor; por ello, indispensable para cualquier estudio de las Molucas».

La obra la acabó Bartolomé en el año 1609. Y, libre ya de su compromiso con el conde de Lemos, abandonó la ruidosa corte para volver a Aragón, haciendo realidad los siguientes tercetos, que había escrito ya hacia 1604:

A DON FRANCISCO DE ERASO

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
de la corte, a esperar sano en mi aldea
de aquí a cien años el postrer suspiro.
[...]
¡Oh, cuán alegre estoy desde el instante
que comencé a romper con este oficio,
a mis inclinaciones repugnante!
En vano me introdujo a su artificio
la corte; bien que yo tan mal me ayudo
que salgo de su escuela más novicio.
Mas ¿qué haré, que por otra parte siento
que no he de hallar la soledad tan buena
como acá en mi opinión me la presento?
Pero, si la forzosa engendra pena,
la voluntaria alivia, y mi albedrío
es quien a mí me salva o me condena.

RUMBO A NÁPOLES SIN CERVANTES

Todo lo que un artista o escritor necesitaba para triunfar era, además de talento, constancia e ilusión, encontrar el amparo de un buen mecenas que le permitiera dedicar el máximo tiempo posible a su afición, que corriera con el gasto de sus trabajos, que le propusiera atractivas empresas... Y el conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro (1576-1622), era el mecenas con quien soñaban todos los literatos contemporáneos de los Argensola. Entre sus protegidos se encontraba Miguel de Cervantes, quien lo inmortalizó en varios de los escritos subvencionados por el conde, dedicándole, además de la segunda parte del *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, las *Comedias y entremeses* y el *Persiles*. Su poder era enorme, al ser descendiente primogénito de una de las cinco primeras familias de Castilla, pero, además, había aumentado su influencia al convertirse en yerno del duque de Lerma, principal ministro de Felipe III, tras desposarse con doña Catalina de la Cerda. Su estrecha amistad con los hermanos Argensola se consolidó en la corte, aunque es posible que naciese en los años universitarios, como se comentaba en capítulos precedentes.

En 1608 el conde recibió el cargo de virrey de Nápoles y nombró a Lupercio su secretario, con gran descontento de otros aspirantes. Y no solo esto. El virrey tenía la obligación de vivir en el territorio gobernado, adonde podía llevar un grupo de hombres de su confianza, y encargó a los Argensola la tarea de seleccionar entre los literatos a aquellos que, junto con ellos mismos, le acompañarían. La seductora figura del conde de Lemos y la idea de vivir en una ciudad espléndida, una de las más desarrolladas, cultas y bellas que existían en el mundo moderno, hizo que la lista de candidatos fuera inmensa. No todos tuvieron suerte. Algunos de los escritores más afamados hoy en día, como Cervantes o Góngora, no fueron elegidos, pues entre los criterios de selección primó la facilidad para improvisar versos, y especialmente don Miguel, que además era ya anciano, no dominaba esta técnica. El descarte encendió la ira del autor del *Quijote*, que había puesto todas sus ilusiones en la empresa

napolitana y arremetió contra los Argensola en su *Viaje del Parnaso* (1614) escribiendo de estos dos famosos hermanos que tenían «la voluntad, como la vista, corta», pues habían prometido llamarle a la primera oportunidad.

El *Viaje del Parnaso* es un poema de mil tercetos que relata cómo el dios Mercurio navega en una galera en busca de los mejores poetas españoles para conducirlos al monte Parnaso, donde se supone que habitaban las musas, inspiradoras de su creatividad, y Apolo, dios de la poesía. El barco naufraga y comienza una pelea entre los buenos y malos poetas durante la cual se lanzan unos a otros los tomos de sus obras. Al final Apolo lleva a cabo el juicio definitivo sobre los mejores rimadores, pero advierte que solo nueve son merecedores de la corona. Nótese en el siguiente fragmento, perteneciente al tercer capítulo de la obra, la ironía cervantina cuando Mercurio hace callar al propio Cervantes, que intenta esquivar el encargo de traer a los Lupercios, amenazándole con ir él mismo y meter en la barca incluso al conde —de Lemos—. El dios mensajero, finalmente, se declara enemigo de los Lupercios por entender que han querido usurpar el trono de la poesía; de hecho, no suben a la galera junto a los buenos poetas, ni llegan, por lo tanto, al Parnaso. Tal fue la cólera de Cervantes contra los «dos soles de poesía» y su literaria venganza.

VIAJE DEL PARNASO [FRAGMENTO]

Mandome el del aligero calzado
que me aprestase y fuese luego a tierra
a dar a los LUPERCIOS un recado,
en que les diese cuenta de la guerra
temida, y que a venir les persuadiese
al duro y fiero asalto, al ¡cierra, cierra!
«Señor», le respondí, «si acaso hubiese
otro que la embajada les llevase,
que más grato a los dos hermanos fuese,
que yo no soy, sé bien que negociase
mejor». Dijo Mercurio: «No te entiendo
y has de ir antes que el tiempo más se pase».
«Que no me han de escuchar estoy temiendo»,
le repliqué; «y así el ir yo no importa,
puesto que en todo obedecer pretendo.

Que no sé quién me dice y quién me exhorta,
que tienen para mí, a lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta;
[...]
»Pues si alguna promesa se cumpliera
de aquellas muchas que al partir me hicieron,
lléveme Dios si entrara en tu galera.
»Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podía ser que ocupaciones nuevas
les obligue a olvidar lo que dijeron.
»Muchos, señor, en la galera llevas
que te podrán sacar el pie del lodo:
parte, y excusa de hacer más pruebas».
«Ninguno, dijo, me hable dese modo,
que si me desembarco y los embiisto,
voto a Dios, que me traiga al conde y todo.
»Con estos dos famosos me enemisto,
que, habiendo levantado a la Poesía
al buen punto en que está, como se ha visto,
quieren con perezosa tiranía
alzarse, como dicen, a su mano
con la ciencia que a ser divinos guía».

Pero si Cervantes hubiera cumplido el deseo de acompañar a su mecenas en la empresa napolitana probablemente no habría escrito la segunda parte del *Quijote*, que publicó un año antes de dejar este mundo, en 1615, dedicándola al de Lemos, como se adelantaba en las líneas precedentes. Según Martín de Riquer, incluso parece que la estancia del Caballero de la Triste Figura en Barcelona pudo deberse a que su creador viajó a la Ciudad Condal con la expectativa de surcar el mar junto a los Argensola. Pero en tierra quedó el intrépido anciano, prolongando, entre otras, las aventuras del último y auténtico caballero andante de la ficción. A costa de las suyas, claro está, y de las que protagonizó el fraudulento manchego de Avellaneda.

DEDICATORIA AL CONDE DE LEMOS [SEGUNDA PARTE DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA]

Enviando a Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo dije que don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir a besar las manos a Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha

calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la prisa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el hámago y la náusea que ha causado otro don Quijote que con nombre de Segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe. [...] Además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y, emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear.

[...] Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado, que ya estará *Persiles* para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid, último de octubre de mil seiscientos y quince. Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra

Muchas sorpresas aguardaban a los Argensola en la vecina Italia. Lupercio y Bartolomé Leonardo, junto a gran parte de la élite cultural española encabezada por el conde de Lemos, abandonaron la Península en el año 1610 rumbo a Nápoles.

NÁPOLES, ESCENARIO PERFECTO PARA EL TRABAJO Y EL OCIO

El virreinato de Nápoles era el cargo más importante que el rey de España otorgaba en Europa. Por ello no es de extrañar que su secretario, Lupercio Leonardo de Argensola, tuviera muchísimo trabajo y poco tiempo libre para compartir con su mujer, Bárbara, y su hijo, Gabriel. Quizás la carta, fechada el 8 de septiembre de 1611, que envió al justicia de Aragón, don Martín Bautista de Lanuza, nos puede dar idea de su gran actividad:

No vivo en Nápoles, sino en mis aposentos. No como, sino a mediodía; acuéstome a las once; despierto antes de las quatro, y hasta las seis soy absolutamente mío, porque entonces callan mis aposentos; en todo lo demás del día son campo de batalla.

Esas dos horas solitarias, de cuatro a seis de la mañana, Lupercio las dedicaba a escribir la historia de Carlos V. Esta narración, que concluyó en el

año 1612, era la única condición que los diputados de Aragón habían puesto a su cronista para que pudiera ausentarse del Reino.

Tanto trabajo terminó robando la salud del mayor de los Argensola y el médico le aconsejó que disminuyera su actividad intelectual. Este tiempo, más relajado, lo dedicó a organizar la Academia de los Ociosos, una de esas reuniones literarias tan de moda en la época. Y el lugar se terminó convirtiendo en un importantísimo centro cultural. Entre sus miembros, todos masculinos, además de los literatos se encontraban los personajes más destacados de la nobleza y los más reconocidos eruditos napolitanos. Incluso el propio virrey, el conde de Lemos, recitaba en este foro comedias «de repente», las más divertidas, cuyos versos eran improvisados, dificultad que hacía decir a los actores, o poetas, algún que otro disparate.

Ofrecemos el desternillante relato de una de estas representaciones, en la que participó Bartolomé Leonardo de Argensola: la parodia titulada *El hundimiento de Eurídice cuando Orfeo, su marido, príncipe de la música, quebrantó las puertas del infierno con la dulzura de su lira y la sacó del poder de Plutón, como finge Ovidio en su Metamorfosis*. Bartolomé, desdentado, rapado y cincuentón, encarna a Proserpina, la mujer de Plutón, dios del infierno romano, adonde Orfeo llega para rescatar a su amada, la fallecida Eurídice, representada en la comedia por un hombre con bigotes hasta la orejas:

La primera vez que yo entré se hizo una comedia de repente, que así por detenerme en escribir otra cosa que desdichas, como por ser graciosa, la contaré. Representose *El hundimiento de Eurídice*. Hacía de Orfeo el capitán Anaya, un hombre de muy buen ingenio y ridículo, tocando por cítara unas parrillas aferradas de pergamino que formaban unas desconformes voces; de Eurídice hacía el capitán Espejo, cuyos bigotes no solo lo eran, pero bigoterías, pues los ligaba a las orejas. El rector de Villahermosa, hombre graciosísimo, viejo y sin dientes, a Proserpina; el secretario Antonio de Laredo, a Plutón, y yo al embajador de Orfeo. Empezose la comedia y asistían virrey y virreina con muchas damas encubiertas permitiéndose, como era de repente, si se decía

alguna palabra sucia o no muy honesta, si lo había menester el consonante del verso. Salió el rector, que como clérigo, andaba rapado, vestido de dueña, y habiendo en esto entrado una dueña muy gorda, como era de noche, pensando que era ella, fue tal la risa que apenas si podía empezar la comedia, la cual empezó el rector diciendo:

PROSERPINA Yo soy la Proserpina; ésta la morada
del horrible, rabioso Cancerbero,
que me quiere morder por el trasero.

PLUTÓN Bien hay en que morder, no importa nada.
Y a este tono se fueron siguiendo disparates tan graciosos
que aun los que los representaban no lo podían hacer de la risa.
Aunque a punto estuvo todo de acabar en tragedia, ya que al
bajar Plutón de su trono, un armario cayó sobre sus compañeros,
de manera que casi todos salieron lastimados y tuvo que cesar la fiesta.

(Parodia de *El hundimiento de Eurídice*. Relato de Diego Duque de Estrada).

RESURGIR DE LAS CENIZAS COMO EL AVE FÉNIX

La muerte sobrevino repentinamente en Nápoles en marzo de 1613. Tenía Lupercio 54 años, «la tez del rostro blanca, ojos negros, barba y cabeza [sic], la nariz proporcionada, la frente ancha, y calva mucha parte de la cabeza», según transcripción de un manuscrito de la Real Academia de la Historia. No moría en tierra extraña, pues su bisabuelo era de Rávena; de ahí su apellido italiano, Leonardo.

Tras el infortunio, su familia no regresó a España porque hasta la primavera de 1616 no terminaba el mandato del virrey, quien escribió rápidamente a los diputados de Zaragoza narrándoles el suceso y expresando su dolor por la pérdida del gran amigo. Y demostró el afecto que sentía por la familia Argensola otorgando a Gabriel Leonardo el puesto de secretario de Estado y Guerra, que había dejado vacante su padre.

Las causas del fallecimiento de Lupercio son desconocidas, pero su muerte inesperada provocó la pérdida de gran parte de sus trabajos. Sus escritos históricos, como la *Historia general de la España Tarraconense*, en la que tanto trabajó, o la historia de Carlos V, a excepción de unos pocos fragmentos, desaparecieron con él.

Además, antes de dejar este mundo, el mayor de los Argensola quiso que pereciera con él su poesía, de modo que, para dolor de sus admiradores y de la crítica literaria, reunió parte de sus poemas y les prendió fuego. Quizás, cuando las fuerzas le flaquearon, debió de pensar que su obra poética no estaba a la altura de su ideal y, cegado por la búsqueda de la perfección, no quiso que le sobreviviese. Probablemente lo hizo para que le recordaran como un historiador, dejando sus aficiones aparte. Pero sabemos que la literatura fue para él mucho más que un simple entretenimiento. Lupercio era un poeta consagrado.

Su hijo Gabriel se encargó, años más tarde, de reunir todos los poemas de su padre, muchos de los cuales había repartido entre los amigos, y publicarlos para que llegaran hasta nosotros. Las llamas pudieron devorar algunos de ellos para siempre, pero los que pervivieron han permitido que el escritor no muriera del todo. Como el ave fénix (ser mitológico muy nombrado en la época), y al igual que sus escritos poéticos, Lupercio resurgió de sus cenizas y su fama lo convirtió en inmortal.

Muchos años después, en torno a 1625-1627, el poeta Fernando de Ávila y Sotomayor persuadió a Bartolomé Leonardo para que publicara sus propios poemas. En su respuesta el rector de Villahermosa escribió los siguientes tercetos, donde declara su intención de seguir el ejemplo de su hermano, que quedaría, afortunadamente, en una mera amenaza:

abrasó sus poéticos escritos
nuestro Lupercio, y defraudó el deseo
universal de ingenios exquisitos.
Haz cuenta que rompió su lira Orfeo,
su heroica trompa el grave Mantüano,
y Séneca el coturno sofocleo.
¿Por qué, ¡oh más que la vida dulce hermano!,
autorizaste ejemplos tan crueles
a las vigilijs del estudio humano?
¿O por qué no dan vida a tus papeles
las llamas, que a la ley mortal del ave
única, apenas vista, son tan fieles?
[...]
no podrán, no, acetar los versos míos
que los sepulte una extinción modesta.

La quema de muchos de sus poemas, unida a la temprana muerte del escritor, es la causa de que la obra poética conservada de Lupercio sea, aproximadamente, la mitad de la atribuida a su hermano Bartolomé, a quien seguiremos acompañando en sus vivencias. Pero estos versos, todavía numerosos, se erigen en testigos de lo que debió de ser el ingente volumen escrito por el poeta barbastrense. Sirva como muestra de la belleza de su arte de escribir este delicioso fragmento de uno de sus mejores poemas, *Canción a la esperanza*:

Alivia sus fatigas
el labrador cansado
cuando su yerba barba escarcha cubre,
pensando en las espigas
del agosto abrasado
y en los lagares ricos del octubre;
la hoz se le descubre
cuando el arado apaña,
y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
sus miembros y se obliga
el joven al trabajo de la guerra.
Huye el ocio seguro,
trueca por la enemiga
su dulce, natural y amiga tierra;
mas cuando se destierra,
o al asalto acomete,
mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confía,
y a dos tablas delgadas,
el otro, que del oro está sediento.
Escóndesele el día,
y las olas hinchadas
suben a combatir el firmamento;
él quita el pensamiento
de la muerte vecina,
y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
con la esposa dormida
el cazador solícito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente,
la nieve endurecida,

y tiene de su afán por premio justo
interrumpir el gusto
y la paz de las fieras,
en vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
cualquier trabajo humano,
y el uno llama al otro sin mudanza;
el invierno entretiene
la opinión del verano,
y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
solo quedó en el suelo
cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;
todo lo precipitas
en olvido profundo.

BARTOLOMÉ ENCUENTRA DEFINITIVAMENTE LA TRANQUILIDAD

Una vez acabado el tiempo del virreinato del conde de Lemos, en el año 1616, Bartolomé volvió a su patria, aunque ya lo hubiera hecho al morir su hermano Lupercio de no ser por las obligaciones que tenía con el virrey y el deseo de ayudar a su sobrino, don Gabriel Leonardo de Albión. Al poco tiempo de suceder esta desgracia el mismo conde de Lemos solicitó a los diputados del Reino de Aragón que concediesen a Bartolomé el cargo de cronista que había desempeñado su hermano, pero el asunto conllevó laboriosos trámites.

Por fin llegó a su querida Zaragoza. Para entonces tenía cincuenta y cuatro años y se hallaba en la madurez de su pensamiento. Encontró la ciudad en estado muy próspero, diferente al que había dejado a su partida. Y, además, su regreso le reservaba ilusionantes empresas. Los diputados le habían otorgado finalmente, por conformidad de votos, el cargo de cronista de Aragón ya antes de arribar a las costas españolas. Y, llegado ya, el cabildo de la Seo le recibió como uno de sus prebendados más insignes.

La religión, la historia y, sobre todo, la literatura ocuparon los últimos años de su todavía larga vida en Aragón, escenario de su juventud y símbolo constante, allá donde fue, del paraíso terrenal. Con alguna breve escapada a Madrid, habitó la casa familiar de Monzalbarba, no lejos de Zaragoza, donde su hermano Lupercio había hallado alivio a sus enfermedades.

Disfrutó de la soledad, pero se rodeó de familiares, amigos y jóvenes poetas que lo buscaron como maestro para perfeccionarse en el arte de escribir, especialmente su más fiel seguidor, el poeta Martín Miguel Navarro (1600-1644), con el que compartiría poemas, críticas y toda la sabiduría de quien ha dedicado su vida al estudio y cultivo de las letras.

Murió el 4 de febrero de 1631, tras retocar sus poemas y escribir los *Anales de la Corona de Aragón*. En su memoria escribió la siguiente elegía Francisco Diego de Sayas, cronista de Aragón nacido en La Almunia de Doña Godina y también aficionado a la poesía:

¿Murió Bartolomé? ¿Cedió a la suerte
común el gran Leonardo? El que vivía
para todos ¿fue robo de la muerte?

Con ambiguo dolor, con duda impía
el alma ignora lo que el alma sabe,
y en sus mismos afechos desconfía.

En la imaginación de amor suave,
amigo engaño deshacer intenta
la certeza de pérdida tan grave;

pero el Ebro, que lúgubre acrecienta
su caudal con los Ebro de su llanto,
la ilusión de la duda desalienta.

No solo el Ebro, pero el orbe, en cuanto
de la fama atendió la voz sonora,
nos da en sus ojos desengaño tanto,

que este agradable monstruo, en cuando dora
su noble vuelo, al orbe todo advierte
sol en escritos de un ingenio aurora.

Murió Bartolomé; cedió a la suerte
común el gran Leonardo; esto lloremos.

UNA INJUSTA MARGINALIDAD

Antes de morir, el rector de Villahermosa pidió a su sobrino Gabriel Leonardo que recogiese todos

sus papeles para evitar que se dispersaran y terminasen en manos ajenas, especialmente sus poemas, que, como Lupercio, nunca quiso publicar por considerarlos meros ejercicios de ingenio. Pero las obras poéticas de los hermanos Argensola circulaban en manuscritos, al igual que las de Góngora y Quevedo, quienes tampoco las vieron editadas en vida, y Gabriel consideró que la necesidad de preservarlas estaba por encima de las voluntades de su padre y de su tío. Así que en 1634 publicó el volumen titulado *Rimas de Lupercio i del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola (Zaragoza, en el Hospital Real i General de Nuestra Señora de Graçia)* y, gracias a su decisión, han llegado casi intactas hasta nosotros.

Hemos podido apreciar a lo largo de estas páginas cómo los principales poetas del Siglo de Oro, Cervantes, Lope de Vega y otros muchos literatos del momento, alabaron sin reservas la genial obra de los hermanos barbastrenses. Pero ¿qué pasó después con estos versos? ¿Por qué dejaron de recitarse, copiarse, memorizarse, estudiarse? ¿Tan difícil es la poesía argensoliana? ¿Tan distinta resulta a la de Góngora o Quevedo? ¿No era tanta la calidad de sus escritos, o más bien hay que hablar de modas literarias? Se desconocen las razones, pero la poesía de los hermanos Argensola sufre una injusta marginalidad que la ha hecho prácticamente desaparecer de los libros de texto de los escolares. ¿Por qué?

Además de sus contemporáneos, el gran escritor aragonés Baltasar Gracián (1601-1656) habló de la calidad de las composiciones de los Leonardo, refiriéndose a ellos en *El Criticón* como «dos laudes tan igualmente acordes que parecían hermanos». También indicó: «son graves por lo aragoneses, puédelos oír el más severo Catón sin nota de liviandad. En el metro tercero son los primeros del mundo».

En el siglo XVIII los escritores neoclásicos imitaron a los clásicos grecolatinos —de ahí su nombre— y a los autores renacentistas, inspiradores de la producción literaria de los Argensola. El zaragozano Ignacio de Luzán, en su *Poética* (1737), y otros ilustrados estudiaron e incluso tuvieron por modelo los ejemplares poemas de los barbastrenses y recuperaron las *Tragedias* de Lupercio. Pero algo

sucedió desde esta época hasta el siglo XX, cuando el conde de la Viñaza, en su prólogo a las *Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, de 1889, se lamenta de que, «si brillaron un día, han caído ya en la sima del olvido».

La llegada del XIX y del romanticismo arrinconó bruscamente las ideas neoclásicas basadas en la supremacía de la razón, el respeto a las reglas y la imitación de los clásicos. La gravedad, la contención, la serenidad que los Argensola imprimían a la mayoría de sus versos estaban lejos de sus apasionados ideales. Tampoco el realismo debió de recordar a los barbastrenses, porque andaba preocupado en plasmar el mundo del momento: el de los burgueses, el de los proletarios, el de los labradores que desconfiaban de la modernidad... Los tiempos eran otros. Aun así, Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) apellida Argensola a don Fernando, el valiente personaje de una de sus más hermosas y recordadas leyendas, *Los ojos verdes* (1861).

En el año 1939 el momento de exaltación patriótica que vivía España hizo resucitar las viejas glorias nacionales y Joaquín Aznar Molina, importante médico barbastrense afincado en Zaragoza, publicó *Los Argensola*, donde se lamentaba del injusto olvido en que se hallaban, uniéndose a la opinión de muchos literatos que, de común acuerdo, acababan de dar su nombre a un teatro de Zaragoza (hoy desaparecido) con el fin de rendirles un justo homenaje. Su libro recoge muchos detalles biográficos de los Leonardos, entre los que intercala poesías e ilustraciones (retratos, fotografías diversas y reproducciones de las portadas de antiguas ediciones). Aznar Molina dedica este trabajo, utilizando un bonito juego de palabras, «A la ciudad de Barbastro, cuna de los Argensola, en donde Lupercio y Bartolomé aprendieron las primeras letras, que el talento y el estudio había de convertir, más tarde, en *letras primeras* de casticismo y elegancia del idioma castellano. Para honor de la literatura aragonesa y gloria de España».

Sembrado este precedente, el estadounidense Otis H. Green dedicó su tesis doctoral al estudio de la vida y obra de Lupercio, el mayor de los Argensola. No obstante, advierte al lector que, aunque realizó este trabajo con los materiales

publicados disponibles hasta la fecha (1945) y con documentos consultados en múltiples archivos, por falta de tiempo no visitó los archivos municipales de Zaragoza y Barbastro ni los estatales de Nápoles.

Destaca, entre todos los estudiosos del poemario de los Argensola, José Manuel Blecua (Huesca, 1914 – Barcelona, 2003), filólogo especialista en el Siglo de Oro que llevó a cabo la última edición completa de la obra poética atribuida a los hermanos. El trabajo lo publicó por vez primera la Institución Fernando el Católico de Zaragoza en 1950-1951 con el título de *Rimas*, dedicando un volumen a Lupercio y otro a Bartolomé. Personajes mitológicos, vocablos ya en desuso, expresiones latinas, alusiones bíblicas, referencias biográficas y bibliográficas son identificados en los poemas y aclarados por el investigador en sucesivas notas a pie de página que, tras nutridas introducciones, contribuyen a desentrañar una poesía a veces tan difícil como bella.

Más tarde se han realizado algunas ediciones de escritos de los Argensola de menor envergadura, aunque no por ello de menor importancia: sátiras, epístolas morales, algunas antologías, artículos sobre temas concretos... Y una muy apreciada por los historiadores del Nuevo Mundo y los amantes de las crónicas de las Indias, *Conquista de las islas Malucas*, de Bartolomé, que narra historias de los viajeros que se adentraban en los nuevos territorios.

Pero hasta hace poco casi todo lo publicado, libros y artículos, era bastante antiguo o erudito, y por tanto inasequible para la mayoría de los lectores, por lo que la repercusión que tuvo la publicación mensual «Cuéntame quiénes fueron los Argensola» en *El Cruzado Aragonés* fue inmediata y el interés que suscitaron los hermanos no ha dejado de crecer.

A finales de 2006 apareció la biografía titulada *Los hermanos Argensola*, de María Soledad Catalán, en Unaluna Ediciones. En el libro, de 248 páginas, además de repasarse la vida y la obra de los barbastrenses, se intercalan numerosos fragmentos de sus escritos, especialmente de los poemas. No hay nuevas aportaciones, aunque se proporciona al lector información valiosísima procedente de obras que actualmente no se han reeditado.

En el 450.º aniversario del nacimiento de Lupercio Leonardo de Argensola, el proyecto del Instituto de Estudios Altoaragoneses *Dos soles de poesía. 450 años. Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola* va dando sus frutos y, en 2009, jornadas científicas, reediciones de sus obras, recitales de poemas y materiales didácticos para colegios e institutos han recordado la figura de los escritores aragoneses.

Pero, más allá de los aniversarios, mucho queda por hacer en torno a los ilustres hermanos barbastrenses por parte de políticos, editores, investigadores, educadores... Porque difícilmente podremos saber quiénes fueron los Argensola si todo su recuerdo se reduce a una placa de cualquier metal en la pared de una calle. Debemos seguir trabajando, como buenos alquimistas, para devolverles su brillo y esplendor áureo.

Una hermosa décima del rector de Villahermosa, fechada con anterioridad a 1628, habla del paso inexorable del tiempo, ese anciano testarudo y olvidadizo que recuerda cómo Aragón también se vistió de oro en los mejores siglos que las letras españolas han dado gracias al fulgor de dos soles de poesía: Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola.

Viéndose en un fiel cristal
ya antigua Lice, y que el arte
no hallaba en su rostro parte
sin estrago natural,
dijo: «Hermosura mortal,
pues que su origen lo fue,
aunque el mismo Amor le dé
sus flechas para rendir,
viva obligada a morir,
pero a envejecer, ¿por qué?»



SELECCIÓN DE POEMAS JOSÉ ENRIQUE LAPLANA GIL

En esta breve antología se ha buscado ofrecer a los lectores una selección de las obras poéticas de Lupercio y Bartolomé que represente la variedad de tonos y temas que cultivaron en sus versos. No faltan los poemas amorosos en los dos hermanos, pese a la condición religiosa de Bartolomé, pues el ejercicio poético, donde no cabe buscar vivencias autobiográficas, exigía cultivar esta temática, en la que precisamente Bartolomé, el rector de Villahermosa, se muestra más apasionado y sensual que su hermano Lupercio. Especial preponderancia tienen en la selección, sin embargo, los poemas morales y satíricos, pues en ellos es donde destacan la finura y la mordacidad de ambos hermanos. El amor eleva el espíritu poético, pero también alimenta la vena satírica de los Argensola si el enamorado comete la indiscreción de serlo cuando ni la edad ni la calva ni el tinte del cabello pueden disimular la edad pasada. En la misma línea moral se hallan los sonetos de Lupercio dedicados al elogio de la vida campesina como alternativa virtuosa al ambiente licencioso de la corte, Babel de vicios. La censura de las costumbres no siempre es grave y seria, sino que en muchas ocasiones adquiere un tono jocoso que nos descubre la cotidianeidad del poeta, como cuando Bartolomé se dirige a la ciudad de Calata-

yud, por cuyas puertas no volverá a pasar mientras haya perros sueltos, o cuando recrimina a su hermano Lupercio la liviandad de hacerse mirar las rayas de la mano, ridícula y vulgar quiromancia que, sin embargo, le permite aseverar que es bien cierto que «la suerte nuestra, mala o buena, la puso [Dios] en nuestra mano», pues de nuestras obras depende nuestro porvenir. En tierra de vinos no podía faltar un fragmento de la *Epístola a Juan de Albión* de Lupercio Leonardo, pues bien sabía el poeta que «El vino es bueno (y más si es vino bueno)», pero que el abuso en la bebida conduce a las ridículas y jocosas circunstancias que nos ofrece «ver los gestos de un beodo». Como remate de la antología hemos seleccionado uno de los más famosos poemas de los Argensola, el cual tiene además la singularidad de ser un poema que no podemos atribuir con certeza a ninguno de los dos hermanos. En él se contraponen el artificio y la naturaleza, asunto marcadamente barroco, y la victoria del primero nos sitúa en una melancólica conclusión que cuestiona la veracidad de lo que vemos y sentimos,

Porque este cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

HABLA LUPERCIO DEL VINO

(EPÍSTOLA A DON JUAN DE ALBIÓN)

No niego yo que el vino es importante,
ni quiero desmentir al gran Galeno,
ni a Hipócrates tratarlo de ignorante.

El vino es bueno (y más si es vino bueno),
pero es malo beberlo de manera
que vamos a la cueva con Sileno.

Bien se puede romper la ley severa
que da tres veces vino en la comida
pero no para dar en borrachera.

Tres veces beba el sabio, dice Suida,
y aunque bebió con esta ley Augusto
(según Suetonio, que escribió su vida),
si uno tiene más sed, no será justo
que se quede con ella, mayormente
si fuere muy colérico y adusto.

Pero buscar manjar que la acreciente
es vicio detestable, que el demonio
se admira de que en él caiga la gente.

Las mesas dan del vicio testimonio,
de aromáticos llenas y de amomo,
más que las cenas pródigas de Antonio.

Pues si manjares semejantes como,
¿no he de beber más vino que Tiberio,
y quedar más pesado que de plomo?

Pues ¿hay más miserable cautiverio
que sujetarse un hombre a la vil panza,
y dejar que la gula tenga imperio?

¡Oh, bien haya mil veces la templanza,
con que deste defecto me he guardado
desde mis tiernos años y crianza!

¡Qué cosa es ver al uno colorado,
que a cada paso los acentos yerra,
estar en las disputas porfiado,

y hacer varios discursos para guerra,
y gobernar mil flotas quien no ha visto
agua jamás, ni entonces ve la tierra;

y tratar de Bootes y Calisto
al que está soñoliento, convertido
en el primer milagro que hizo Cristo;

y al otro que le llevan sin sentido
al lecho sus amigos, y despierta
jurando que es quien menos ha bebido;

y al otro que al salir no halla la puerta,
jura que no hay lince que le exceda,
que el aljófara a enhilar acierta!

Anacarsis, que el uso de la rueda
halló para labrar versos de lodo
(si es justo que esto a Plinio se conceda),

preguntándole algunos de qué modo puede
ser uno aguado y abstinente,
dijo: «Con ver los gestos de un beodo».

Dijo, a mi parecer, agudamente; [...].

☛

Dentro quiero vivir de mi fortuna
y huir los grandes nombres que derrama
con estatuas y títulos la Fama
por el cóncavo cerco de la luna.

Si con ellos no tengo cosa alguna
común de las que el vulgo sigue y ama,
bástame ver común la postrer cama,
del modo que lo fue la primer cuna.

Y entre estos dos umbrales de la vida,
distantes un espacio tan estrecho,
que en la entrada comienza la salida,
¿qué más aplauso quiero, o más provecho,
que ver mi fe de Filis admitida
y estar yo de la suya satisfecho?

☛

No fueron tus divinos ojos, Ana,
los que al yugo amoroso se han rendido,
ni los rosados labios, dulce nido,
del ciego niño, donde néctar mana.

Ni las mejillas, de color de grana;
ni el cabello, que al oro es preferido;
ni las manos, que a tantos han vencido;
ni la voz, que está en duda si es humana.

Tu alma, que en tus obras se trasluce,
es la que sujetar pudo la mía
por que fuese inmortal su cautiverio.

Así, todo lo dicho se reduce
a solo su poder, porque tenía
por ella cada cual su ministerio.

☛

Si de correr opuesto al claro oriente,
Ebro, te precias con tus ondas frías,
hazlas seguir a las querellas mías,
que atrás queda mi sol resplandeciente.

Con lágrimas aumento tu corriente,
y de quien es la causa las desvías;
cruel, ¿por qué tributo al mar envías
de lo que doy a Filis inclemente?

Pero con esto enseñas ser lo mismo
llegar al sordo mar que a su presencia,
y que no produjeran otro fruto;
pues no se echa de ver en el abismo
de su crueldad mi llanto y mi paciencia,
como en ese tampoco tu tributo.

☛

Si quiere Amor que siga sus antojos,
y a sus hierros de nuevo rinda el cuello,
que por ídolo adore un rostro bello
y que vista su templo mis despojos,

la flaca luz renueve de mis ojos,
restituya a mi frente su cabello,
a mis labios la rosa y primer vello,
que ya pendiente y yerto es dos manojos.

Y entonces, como sierpe renovada,
a la puerta de Filis inclemente
resistiré a la lluvia y a los vientos.

Mas si no ha de volver la edad pasada,
y todo con la edad es diferente,
¿por qué no lo han de ser mis pensamientos?

☛

Amor, ya te acogí cuando tenía
en esta calva rasa un bosque espeso,
que donde se levanta corvo el hueso
los lindes de la frente dividía.

Si te acogiese más, confesaría
(como la edad en lo exterior confieso)
que no ha quedado en lo interior el seso
y que está mi cabeza del vacía.

Déjame, pues, y a Máximo te llega,
que ya con ronca voz ha desechado
de su madre los besos y el regalo.

Perdió ya el miedo; la obediencia niega
a su viejo Quirón, que le ha enseñado;
es muy rico; su padre fue muy malo.

☛

Tras importunas lluvias amanece,
coronando los montes el sol claro;
salta del lecho el labrador avaro
que las horas ociosas aborrece.

La torva frente al duro yugo ofrece
el animal que a Europa fue tan caro;
sale de su familia firme amparo,
y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche a su mujer honesta,
que lumbre, mesa y lecho le apercebe,
y el enjambre de hijuelos le rodea.

Fáciles cosas cena con gran fiesta;
el sueño sin envidia le recibe;
¿oh corte, oh confusión! ¿quién te desea?

☛

Llevó tras sí los pámpanos octubre
y con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente;
y el sol apenas vemos en Oriente
cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
del Aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Tais tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

☛

Hermosura perfecta no consiste
en dar diversas formas al cabello,
perlas a las orejas y oro al cuello,
ni en la ropa costosa que se viste.

Con traje rico o pobre, alegre o triste,
es uno mismo siempre un rostro bello:
que en oro o plomo siempre deja el sello
la forma que grabada en él asiste.

Mas esto pocas veces lo concede
naturaleza, avara con el mundo,
en el cual siempre es raro lo perfecto.

Yo, por mi mal, lo he visto, y sé que puede
con el traje primero y el segundo
vuestra hermosura hacer igual efecto.

☛

Mirando Cloris una fuente clara,
donde otras veces afilar solía
las armas desdeñosas con que hería
y en vano agora contra mí prepara,
vio cómo el tiempo sus mejillas ara
en señal de castigo y rebeldía,
sembrando sal donde el Amor tenía,
para sacrificar las almas, ara.

Viéndose tal, con lágrimas y tierra
enturbiaba la fuente por vengarse,
como si ella la causa hubiera sido.

Al fin sacó este fruto de su guerra:
que vio poder las aguas aclararse
mas no cobrarse el tiempo ya perdido.

☛

Los que ignoran las causas de las cosas,
y el bien juzgan o el mal por los efectos,
a veces las virtudes por defectos
reciben de apariencias mentirosas.

A muchos por sus obras temerosas
pacíficos los llaman y quiéticos,
a los locos, osados, y secretos
a los pechos de trazas cautelosas.

Y sabe Dios, si se corriese el velo
que cubre lo interior, cuánta materia
de lástima y de risa nos daría.

¡Dichoso aquel que solo aspira al Cielo,
y lo demás, juzgando por miseria,
siempre amanece en el postrero día!

☛

AL SUEÑO

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto;
el otro, sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto:
y déjale al Amor sus glorias ciertas.

☛

Porque de sus donaires no me río,
ni arrojé por la boca y ojos llama,
cual otro Mongibel, dice una dama
(dama de Corte) que soy necio y frío.

Y, si fuera el agravio solo mío,
nunca yo me agraviara desta fama;
pero, como es ofensa de quien me ama
y es llamar a su gusto desvarío,

respondo por entrambos que no crea
en su imaginación ni en la apariencia
que a la vista se ofrece solamente;

y que no es necio quien saber desea,
ni tras seis años de dudosa ausencia
es frío quien se abrasa y está ausente.

☛

BARTOLOMÉ LEONARDO D ARGENSOLA

A LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA, DOÑA
MARÍA DE ARAGÓN, CUANDO, SALIENDO DE
MENINA, SE CALZÓ CHAPINES [COMO DAMA]

Cuando el amor sus flechas aprestaba
vuestra hermosa niñez, real señora,
como quien su vecino daño ignora,
el orbe la defensa despreciaba;

y así, en las llamas súbitas sacaba
centella en otro tiempo, incendio ahora;
ya amor subido en alto se mejora,
para esparcir los daños de su aljaba.

Y por herir las almas de improvisó
le disminuye al vencedor la gloria,
noble pregón que se defiendan suena;

mas como ven que es vuestra la victoria,
aperciben los pechos a la pena,
y nieganlos al importuno aviso.

☛

HABLA CON LA CIUDAD DE CALATAYUD
[PORQUE LE SOLTARON UNOS PERROS]

Bílbilis, aunque el dios que nació en Delos
te conserve fructífera sin daño,
y cuando sobre ti descende el año,
sus guirnaldas te den todos los cielos;

y aunque hagan tus preciosos arroyuelos
fuertes las armas con el noble baño,
y aunque eres patria del cortés tacaño,
que en todas sus palabras puso anzuelos;

si no encadenas los infieles canes,
que tu aduana a los viandantes suelta,
ni tu muro veré ni tu camino;

que para dar hasta Madrid la vuelta,
embarcarme en Colibre determino,
aunque la dé mayor que Magallanes.

☛

Suelta el cabello al céfiro travieso,
para que recompense, Cintia, un rato
de los muchos que usurpa el aparato
que le añade, no gracia, sino peso.

¡Cuánta más luz que coronado o preso
nos descubre ondeando sin recato!
Y dime si en las leyes del ornato
respondió al arte con tan gran suceso.

A cabellos de mal seguros reyes
ofrezcan ambiciosos resplandores
las ondas y las minas del Oriente;

los tuyos ni los crespes ni los dores;
pues crecieron en tan libre frente,
imiten su altivez, no guarden leyes.

☛

Si amada quieres ser, Lícoris, ama;
que quien desobligando lo pretende,
o las leyes de amor jamás comprende,
o la naturaleza misma infama.

Afectuoso el olmo a la vid llama,
con ansias de que el néctar le encomiende,
y ella lo abraza y sus racimos tiende
en la favorecida ajena rama.

¿Querrás tú que a los senos naturales
se retiren avaros los favores,
que (imitando a su autor) son liberales?

No en sí detengan su virtud las flores,
no a su benignidad los manantiales,
ni su influjo las luces superiores.

☛

Cuando a su dulce olvido me convida
la noche, y en sus faldas me adormece,
entre sueños la imagen me parece
de aquella que fue sueño en esta vida.

Yo, sin temor que su desdén lo impida,
los brazos tiendo al gusto que me ofrece;
mas ella (sombra al fin) desaparece,
y abrazo al aire, donde está escondida.

Así burlado, digo: «¡Ah falso engaño
de aquella ingrata, que aun mi mal procura;
tente, aguarda, lisonja del deseo!».

Mas ella, en tanto, por la noche obscura
huye; corro tras ella, ¡oh caso extraño!
¿Qué pretendo alcanzar, pues sigo al viento?

☛

**A UN VIEJO ENAMORADO Y QUE
SE TEÑÍA LA BARBA Y LAS CANAS**

Incorregible Néstor, de los daños
que trae consigo la vejez te dueles,
porque ardes en afectos más noveles
que Venus alentó en robustos años;
y obligando la barba y frente a baños
que ofuscan pelos y taladran pieles,
negros (sin culpa de los poros fieles),
peinas y enrizas hoy tus desengaños.
Mas no sin gran prudencia los profanas,
hasta que nuestra risa te convenza
a que los restituyas o jubiles;
porque vergüenza fuera o desvergüenza,
que hablaran de lascivias juveniles
labios cercados de inocentes canas.

☞

A UN POETA

Si aspiras al laurel, muelle poeta,
la docta Antigüedad tienes escrita;
la de Virgilio y la de Horacio imita;
que el lugar del vocablo es triste seta.
Mas ni el heroico honor de la trompeta,
ni la lírica voz tu mente incita;
y como es tu caudal de hilo de pita,
tus versucillos son de cadeneta.
No muestres el envés de los vocablos,
ni los recalques en los labios tiernos;
que el diablo es bellacón, mas no ignorante.
Y pues te ha de llevar a los infiernos
ese ejercicio, indigno de un pedante,
no fuera malo granjear los diablos.

**A UN HOMBRE DE ESTATURA BAJÍSIMA
QUE SE RETIRÓ A MORIR EN UNA ERMITA**

Bajo esta losa chiquita
yace un hombre sin segundo,
que por no verse en el mundo
se acomodó en una ermita.

☞

**SONETO A SU HERMANO LUPERCIO, PORQUE
SE HACÍA MIRAR LAS RAYAS DE LA MANO**

Fabio, pensar que el Padre soberano
en esas rayas de la palma diestra
(que son arrugas de la piel) te muestra
los accidentes del discurso humano,
es beber con el vulgo el error vano
de la ignorancia, su común maestra;
bien te confieso que la suerte nuestra,
mala o buena, la puso en nuestra mano.
Di, ¿quién te estorbará el ser rey, si vives
sin envidiar la suerte de los reyes,
tan contento y pacífico en la tuya,
que estén ociosas para ti sus leyes,
y cualquier novedad que el cielo influya
como cosa ordinaria la recibes?

☞

**A UN CUADRO EN QUE ESTABAN RETRATADOS
LOS FILÓSOFOS HERÁCLITO Y DEMÓCRITO,
DE LOS CUALES AQUEL CONTINUAMENTE
ANDABA LLORANDO LOS MALES DEL MUNDO Y
ESTE, POR EL CONTRARIO, RIÉNDOSE DE ELLOS**

De los dos sabios son estos retratos,
Nuño, que con igual filosofía
lloraba el uno, el otro se reía
del vano error del mundo y de sus tratos.
Mirando el cuadro, pienso algunos ratos,
si hubiese de dejar mi medianía,
a cuál de los extremos seguiría
de estos dos celebrados mentecatos.
Tú, que de gravedad eres amigo,
juzgarás que es mejor juntarse al coro,
que a lágrimas provoca, en la tragedia;
pero yo, como sé que nunca el lloro
nos restituye el bien ni el bien remedia,
con tu licencia el de la risa sigo.

☞

**TRADUCCIÓN DEL EPIGRAMA DIEZ Y
SEIS DEL LIBRO NONO DE MARCIAL:
INSCRIPSIT TUMULO, ETCÉTERA**

Cloe la séptima vez
las exequias celebró.
Siete maridos lloró:
no hay tan honrada viudez.
¿Pudo con más sencillez
toda la verdad decir?
Mandó en la piedra escribir
que ella les dio sepultura,
y dijo la verdad pura,
porque los hizo morir.

☞

AL VILLANO EN SU RINCÓN

Lo primero, me vió; lo segundo,
devoro medio pan, y en su migaja
un torrezno, que al ámbar aventaja
el olor que despidе vagabundo.
Pues, ¿qué si es día en que la barba tundo
y corre licenciosa la navaja?
Carísimo individuo, hiende y raja,
que rompes la mejor vida del mundo.
Y más si al aire limpio te desvías,
y, recostado en la menuda grama,
la rústica salud curte el pellejo.
Vive, vive ignorado de la fama:
que más vale morir plebeyo viejo
que príncipe en el medio de tus días.

☞

Por verte, Inés, ¿qué avaras celosías
no asaltaré? ¿Qué puertas, qué cancelas,
aunque los arme de candados fieles
tu madre y de arcabuces las espías?
Pero el seguirte en las mañanas frías
de abril, cuando mostrarte al campo sueles,
bien que con los jazmines y claveles
de tu rostro a la Aurora desafías,
eso no, amiga, no; que aunque en los prados
plácido iguala el mes las yerbas secas,
porque igualmente les aviva el seno,
con las risueñas auras, que en jaquecas
sordas convierte el húmedo sereno,
hace los cimiterios corcovados.

☞

**A UNA DAMA QUE DESDEÑABA UN PAJE SUYO,
CON QUIEN ESTABA AMANCEBADA**

Pues tú con tanta propiedad desdeñas
ese paje que es todo tu apetito,
miente de cualquier cosa el sobrescrito:
no es frío el hierro, ni ásperas las peñas.
Sabe, señora, que una de tus dueñas
(a quien yo algunas veces ejercito)
me hace ver en tus brazos el cabrito
que, como cabra, en tu retrete ordeñas.
Pues yo le vi atreverse a tu camisa
suplir pródigamente ajenas menguas
de tu marido, por tu industria ausente;
y mientras ambos os chupáis las lenguas,
yo, atento al espectáculo, impaciente,
muerdo la mía con envidia y risa.

☞

**LUPERCIO O BARTOLOMÉ:
AUTORÍA DUDOSA**

**A UNA MUJER QUE SE AFEITABA
Y ESTABA HERMOSA**

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene della más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.
Pero también que me confieses quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.
Mas, ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

☞

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, Manuel, et alii (1984): *La literatura en Aragón*, coord. de Aurora Egido, Zaragoza, CAZAR.
- AZNAR MOLINA, Joaquín (1939): *Los Argensola*, Zaragoza, Artes Gráficas Berdejo Casañal.
- BAÑAS LLANOS, María Belén (2000): *Las islas de las especias. Fuentes etnohistóricas sobre las islas Molucas. Siglos XIV-XX*, Cáceres, Universidad de Extremadura.
- BLECUA, José Manuel (1980): *La poesía aragonesa del Barroco*, Zaragoza, Guara.
- CATALÁN, María Soledad (2006): *Los hermanos Argensola*, Zaragoza, Unaluna.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1968): *La Galatea*, vol. II, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1983): *Viaje del Parnaso*, ed. de Miguel HERRERO GARCÍA, Madrid, Instituto Miguel de Cervantes.
- (1999): *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Crítica.
- EGIDO, Aurora (1988): «Literatura efímera: oralidad y escritura en los certámenes y academias de los siglos de oro», *Edad de Oro*, 7, pp. 69-88.
- (1990): «Poesía de justas y academias», en *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Barcelona, Crítica, pp. 115-137.
- EZPELETA AGUILAR, Fermín (2004): «Comentario de un soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola», *Alazet*, 14, pp. 217-222.
- GREEN, Otis H. (1945): *Vida y obras de Lupercio Leonardo de Argensola*, Zaragoza, IFC.
- LABAÑA, Juan Bautista (2006): *Itinerario del Reino de Aragón, por donde anduvo los últimos meses del año 1610 y los primeros del siguiente 1611*, Zaragoza, Prames.
- LEONARDO DE ARGENSOLA, Bartolomé (1974): *Rimas*, 2 vols., ed. de José Manuel BLECUA, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1984): *Fortuna y providencia: cuatro epístolas inéditas*, ed. de José Luis GOTOR, Barcelona, Humanitas.
- (1992): *Conquista de las islas Malucas*, Madrid, Miraguano.
- (1996): *Alteraciones populares de Zaragoza. Año 1591*, ed. de Gregorio COLÁS LATORRE, Zaragoza, IFC.
- LEONARDO DE ARGENSOLA, Lupercio (1972): *Rimas*, ed. de José Manuel BLECUA, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1989): *Declaración sumaria de la historia de Aragón para inteligencia del mapa de Juan Bautista Labaña* Descripción del Reino de Aragón, Madrid, MOPU.
- (1991): *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años de 1590 y 1591, en que se advierte los yerros de algunos autores*, introd. de Xavier Gil Pujol, Zaragoza, Astral. [Edición facsimilar de la de Madrid, Imprenta Real, 1908].
- (2009): *Tragedias*, ed. de Luigi GIULIANI, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / IEA / IET / Gobierno de Aragón.
- LEONARDO DE ARGENSOLA, Lupercio y Bartolomé (1889): *Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas e ilustradas por el conde de la Viñaza*, Madrid, s. n.
- MUÑOZ TORRIJOS, Nereida (2004): «La presencia de la mitología clásica en las Rimas de Lupercio Leonardo de Argensola», *Alazet*, 14, pp. 323-331.
- PEIRÉ SANTAS, Pedro, y Estela PUYUELO ORTIZ (2002): «Algunos tópicos clásicos en un soneto de Lupercio Leonardo de Argensola», en José María MAESTRE (coord.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, vol. 4, Ediciones del Laberinto.
- PEIRÉ SANTAS, Pedro (2004): «El tema literario de la mujer desdentada en un poema de Bartolomé Leonardo de Argensola», *Alazet*, 14, pp. 343-348.
- PELLICER, Juan Antonio (1778): *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, Madrid, Antonio de Sancha.
- PUYUELO ORTIZ, Estela (2004): «La brevedad de la rosa en un soneto de fray Jerónimo de San José», *Alazet*, 14, pp. 349-357.
- MARINA SÁEZ, Rosa María, et alii (2002): *El horacianismo en Bartolomé Leonardo de Argensola*, Madrid, Huerga y Fierro.
- VEGA, Lope de (1981): *Lírica*, ed. de José Manuel BLECUA, Madrid, Castalia.



INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES
Diputación de Huesca

 **GOBIERNO
DE ARAGON**
Departamento de Educación,
Cultura y Deporte